EL CALIZ DE AMARGURA

EL celaje se abría
con un ruido recóndito y sonoro ..
Hacia Jesús un ángel descendía
las manos llenas de fulgor de oro...

Recogidas las alas de su vuelo
blanquísimas y unánimes, paraba...
Mensajero de Dios, suspenso al cielo
sobre el aire en la luz se arrodillaba...

Jesús, mirando, le nimbó en reflejos
con sublime sonrisa de ternura
y allá, la voz del Padre, de muy lejos,
—¡Bebe!— clamó del huerto en la clausura.

Juntas las alas, ofreció en sus manos
el cáliz a Jesús, en ángel mudo.
Jesús, con sus latidos sobrehumanos
tendió las manos y tomarle pudo...

—¡Oh, Señor— con los ojos en la Altura
¡qué cáliz más amargo el que me ofreces!
¡mas vé cómo te bebo en tu amargura!
—dijo, el cáliz bebiendo hasta las heces...

Y bebió por el Hombre
aquel sorbo fatal, despacio, largo...
¡Por su pecado y su rencor sin nombre!
¡Por su dolor en El, lo más amargo!

¡Por esta ingratitud, por los que gimen,
por los ciegos que a Dios miran apenas
y por trocar en luz en este crimen
la vida que a escanciar iban sus venas;

por el perdón de Roma y su Comicio;
por el Pretor y su infame tropa,
¡en el cáliz vertiendo el Sacrificio,
brindó su sangre... y apuró la copa!

Federico de Mendizábal